

La vida más abundante

Me gustaría comenzar esta lección con un versículo fundamental que probablemente todos conocéis muy bien, que se encuentra en el capítulo décimo del Evangelio de Juan:

San Juan 10:10

10El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.

El mes pasado mencioné que me comunico con personas de todo el mundo. Casi todas ellas son cristianas. Algunas me piden que rece por ciertas cosas de su vida. Otras solicitan ayuda económica o de otro tipo. El deseo de mi corazón es ayudar a todas las personas que se ponen en contacto conmigo. Por desgracia, no dispongo de recursos ilimitados y, desde luego, no soy Dios. Me he preguntado: ¿por qué algunas personas no están manifestando la vida más abundante que Jesucristo vino a poner a nuestra disposición? ¿Por qué algunos cristianos tienen dificultades económicas? ¿Por qué algunos cristianos viven con dolor, dolencias o enfermedades? ¿Por qué algunas personas viven con miedo, dudas, preocupaciones, ansiedad, angustia, tristeza, condenación, ira, decepción o frustración? ¿Por qué no vemos señales, milagros y prodigios todos los días? Incluso después de haber nacido de nuevo. Muchos incluso han tomado cursos sobre cómo vivir una vida más abundante. Lo pregunto, no para condenar, sino con tristeza y compasión. Porque deseo que todos los cristianos, todos mis hermanos y hermanas, vivan una vida bendita llena de alegría y paz. Así que empecé a pensar en los principios fundamentales que a muchos de nosotros se nos han enseñado.

Hay cinco principios que intervienen en recibir cualquier cosa de Dios:

Primero principio : Qué esta disponible?

Segundo principio: Como recibirlo?

Tercer principio: Qué hacer con lo recibido?

Cuarto principio: Nuestras necesidades y nuestros deseos deben estar alineados.

Quinto principio: La capacidad de Dios siempre es igual a Su buena voluntad.

Salvo quizá por la necesidad de mantener en armonía nuestras necesidades y nuestros deseos, estos principios dependen casi por completo de dedicar tiempo suficiente a la Palabra de Dios y de interpretarla o comprenderla correctamente.

Aquí hay tres verdades en las que creo que podemos estar de acuerdo. Primero, Dios es amor, y en Él no hay ninguna oscuridad. Segundo, la Biblia es la Palabra revelada y la Voluntad de Dios. Tercero, si Dios promete algo en Su Palabra y creemos en esa promesa, sin duda se cumplirá. ¿Hay algún desacuerdo? De acuerdo.

Los dos primeros principios: lo que está disponible y cómo recibirlo. Si no estoy manifestando lo que Dios ha puesto a mi disposición, o bien no sé lo que está disponible, o bien no creo en lo que está disponible. ¿Verdad? Porque ya hemos acordado que si algo está disponible y yo creo, se cumplirá. Así que o bien no lo sé, o bien no creo para recibirlo. Nos han enseñado que hay dos cosas que conducen a la incredulidad. Una es la enseñanza errónea (Dios me está poniendo a prueba, probándome, castigándome, azotándome, castigándome, tentándome, manteniéndome humilde). La segunda es no pasar suficiente tiempo en la Palabra.

El mero hecho de saber lo que dice la Palabra no es lo mismo que creer realmente en lo que dice. El asentimiento intelectual, el simple hecho de estar de acuerdo con la Palabra de Dios, no es creer. De nada sirve confesar: «Sí, sé que eso es lo que dice la Palabra, pero aún no he llegado al punto de creerlo de verdad». Hay hombres y mujeres que ni siquiera son cristianos y que pueden citarte la Biblia. Pero no creen en ella.

Hebreos 4:2

2Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron.

La fe es creer. Sin creer, no hay beneficio, no se reciben las promesas de Dios, no hay fruto.

El momento de estudiar sobre la sanación no es cuando estás enfermo y necesitas ser sanado. Es ANTES. El momento de estudiar sobre la paz no es cuando estás rodeado de confusión y caos, es ANTES. Entonces, si, o cuando, una persona necesita la liberación de Dios, ya tiene el conocimiento de cuál es la voluntad de Dios para su vida y puede creer para que se cumpla.

Digamos que aprendes toda una sección de la Palabra de Dios. Tomas la clase básica y trabajas el material de la clase básica. ¿Cuál sería la forma correcta de hacerlo? ¿Mezclarlo con la fe desde el principio o esperar a que surja una situación y entonces mezclarlo con la fe? ¿O ambas cosas? Eso sería lo más provechoso, ¿no? Empezar desde el principio mezclándolo con la fe, actuando según la Palabra de Dios con fe. Luego, si surge una situación que requiera una fe más específica, hay que mezclarlo más para llegar a la solución adecuada; entonces solo tienes que hacer un poco más de mezcla, un poco más de estudio para activarlo. Si lo dejas reposar en tu mente sin mezclar absolutamente nada de fe, entonces, de repente, un día surge una situación que requiere mucha fe y estás fuera de práctica. No lo has mezclado previamente y no tienes suficiente fe para hacer frente a la emergencia.

¿Alguna vez has oído a gente decir: «Creo para que las cosas no salgan mal»? Y a veces tienen la osadía de llamar a eso «creer de forma preventiva». Si crees para que las cosas no salgan mal, te estás perdiendo la mejor parte del trato. Deberías creer para que las cosas salgan bien. Creo que dice: «Porque Dios obra en vosotros tanto el querer como el hacer según su beneplácito». ¿Verdad? No dice: «Cree que Dios no se ha escapado de ti para que no deje de obrar allí». No está expresado en negativo y, sin embargo, ¿cuántos de nosotros caemos en la trampa de creer para que las cosas no salgan mal? Tal y como leemos en la Palabra de Dios. Job creía para que las cosas no salieran mal. Estaba tan preocupado por que salieran mal que acabaron saliendo mal para él. Hay una gran diferencia entre «No quiero fracasar» y «Creo que Dios cumplirá sus promesas para que yo pueda tener éxito», ¿no es así?

Romanos 8:38,39

38Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, 39ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

El apóstol Pablo dijo: «Estoy convencido...». Esto no ocurrió la primera vez que escuchó la verdad de la Palabra de Dios, en la primera visión del Señor Jesucristo que tuvo en el camino a Damasco. Debíó de haber experimentado la Palabra de Dios de forma constante en la práctica. Debíó de haber fortalecido su fe hasta el punto de poder decir esto con sinceridad. «Estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, nuestro Señor».

No debemos limitar a Dios limitándonos a asentir mentalmente, a estar de acuerdo mentalmente con lo que dice la Palabra, pero sin creerlo de verdad. Es en el nombre de Jesucristo que los hombres y las mujeres son salvos, nacen de nuevo, se convierten. Es en el nombre de Jesucristo que los enfermos son sanados para levantarse de nuevo y proclamar la gloria del Señor. Es en el nombre de Jesucristo que los espíritus malignos son expulsados y las personas son liberadas para siempre en cuerpo y mente. A menos que conozcamos ese nombre de Jesucristo y lo creamos como una realidad vital y viva en nuestras vidas, estamos, sin duda alguna, limitando a Dios.

Podemos limitar a Dios en nuestras vidas al no conocer ni creer en lo que nos corresponde por derecho como hijos de Dios por medio de Cristo Jesús. Cuando Cristo murió en el Calvario, fue nuestro sustituto completo por el pecado y las consecuencias del pecado. No quedó nada sin hacer en Su sustitución por nosotros. Cuando empezamos a ver esta verdad y aceptamos y creemos en la obra que Cristo llevó a cabo como una realidad consumada, nos convertimos en hombres y mujeres llenos del Espíritu que agrada a Dios. Cuando se produzca esta gran transformación y no limitemos a Dios, entonces no hablaremos de preocupaciones, miedos, ansiedad, enfermedad ni carencias. Olvidaremos esos aspectos negativos, pues somos hijos de Aquel que venció. Somos hombres y mujeres que nos negamos a limitar el poder de Dios en nosotros porque deseamos llevar al mundo el conocimiento del Cristo vivo. Cuando no limitemos a Dios, viviremos en la Palabra y la Palabra vivirá en nosotros.

2 Corintios 9:8

8Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra;

¿Hemos estado limitando a Dios en nuestras vidas? Sin duda lo estamos haciendo si no tenemos todo lo necesario en todo.

La suficiencia es la voluntad de Dios para sus hijos, a fin de que estos puedan abundar en toda buena obra. Que tengamos suficiencia es la voluntad de Dios para nosotros; sin embargo, ¿cuántos de nosotros hemos limitado a Dios al no permitirle cumplir esta promesa en nuestras vidas?

Con frecuencia limitamos a Dios en nosotros mismos por nuestras creencias erróneas, al aceptar el conocimiento que nos llega a través de nuestros sentidos. Nuestros sentidos dicen: «Eso simplemente no puede ser», y así confesamos lo negativo, cuando en todo momento Su espíritu dentro de nosotros clama: «Suficiencia en todo». Así como Jesucristo respondió a las tentaciones de Satanás en el desierto con «Está escrito...», también nosotros debemos contrarrestar los mensajes negativos que el mundo y nuestros cinco sentidos nos lanzan con estas mismas palabras: «Está escrito...».

1 Juan 4:4

4Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo.

¿De verdad crees eso? ¿Crees que, gracias a los logros de Cristo, eres hijo o hija de Dios y eres justo? La justicia es la capacidad que Dios te ha dado para estar en la presencia del Padre sin sentir pecado, culpa ni condena. Eso significa que tú, como hijo de Dios, también puedes estar en la presencia misma de Satanás sin miedo ni sensación de derrota, porque conoces tus derechos en Cristo y te has negado a limitar a Dios en ti.

Efesios 3:20

20Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros,

¿Hasta qué punto estamos permitiendo que Dios obre en nosotros? Esa es la pregunta fundamental. No se trata de la voluntad o la capacidad de Dios. Se trata simplemente de permitir que la infinitud de Dios viva en nosotros y obre en nosotros, para querer y hacer lo que le agrada. Él hará mucho más de lo que pedimos o pensamos, pero solo en la medida en que manifestemos el poder potencial que hay en nuestro interior y creamos en quiénes somos y en lo que nos corresponde por derecho.

¿Estás limitando a Dios? ¿Por qué no liberas el poder de Dios que está latente en ti y crees en Dios para recibir la abundancia que Él ha prometido?